

Discurso de Peter Handke
Doctor honoris causa, 24 de mayo de 2017
Universidad de Alcalá

Es la primera vez que formulo más de dos o tres frases en español. Puedo leer la lengua y he leído el “Don Quijote” y también otras obras y otros autores en lengua castellana, con la ayuda de buenos diccionarios, los periódicos con menos buenos y hasta sin diccionario. ¿“Formular”, yo, en español? Me siento incapaz de formular en el idioma de Cervantes. Nunca he estudiado la gramática. He comenzado dos o tres veces. Al principio, las formas españolas tenían una apariencia fácil, más fácil que todas las otras lenguas extranjeras. Pero después: ¡cuál jungla!, ¡cuál jungla maravillosa! A pesar de ese problema intento ahora formular entre doce y dieciocho frases mientras busco un sendero a través del bosque del español hacia –espero que...– un pequeño claro. Y no tengo miedo de una u otra falta. Me acuerdo de momento de un comentario de un reportero durante un partido de fútbol en España, hace treinta o cuarenta años, tres palabras compañeras hasta hoy, sin motivo y sin razón: “falta de Cruyff”. En cada una de estas diez a dieciséis frases, fragmentos, así es mi deseo, debo contar algo, una cosa o una palabra española o las dos juntas, faltas incluidas.

La primera vez en España, mil novecientos setenta y dos, verano: y también la primera y única vez como espectador de una corrida, en Valencia, las tribunas “sombra” y “sol”, un par de palabras españolas que nunca he olvidado, y seis toros, y el último toro muriendo, inmóvil delante del matador, durante mucho tiempo, en mi memoria algunos minutos, así, estando de pie, bajando la cabeza, se marcha súbitamente a un lado, lejos, muy lejos del matador, y está cada vez más solo, a una gran distancia, en la arena, muerto, y hoy recuerdo también unas líneas de un poema de Antonio Machado: “... la amargura de la distancia ... en los montes lejanos hay oro y sangre ...”

Casi veinte años después en Linares, Andalucía del Norte, ciudad donde murió Manolete, Manuel Rodríguez Sánchez, el torero tierno o delgado, muerto por un toro, otro, y yo, huyendo del ruido de la semana santa, lejos de la ciudad en la sabana,

sentado a la sombra de un árbol aislado, en mi recuerdo un eucalipto, apoyándome contra una de las ruinas de las minas de plomo de Linares, abandonadas después de decenios, escribiendo, solamente con la ayuda de lápices y sacapuntas y el viento de la sabana, un ensayo sobre el cansancio, y de repente una patrulla de la policía pregunta: ¿Qué hace aquí?, y mi respuesta: Escribo, y como esta palabra no parece suficiente, añado: ¡Soy periodista! –la primera y última vez en mi vida esta mentira– y la mentira obra: ¡Buen trabajo, buenos días! (Y más tarde mi lectura sobre las ruinas de plomo de Linares cuando todavía estaban siendo explotados, de un libro de viaje del aún joven Camilo José Cela antes de la guerra civil, escrito en un español limpio, desgraciadamente, creo, no está traducido al alemán.)

Por fin: dejar los números no solo de los años y decenios, a favor de una fragmentación de mis fragmentos españoles. Desde Linares algunos lugares en España son transformados por mí en lugares no solamente de viaje y regiones para caminar a pie (¡o Sierra de Gredos! o Val d’Aran! o Sierra Nevada!), sino también se han convertido en lugares de trabajo. (Evito el término “Arbeit” en alemán, pero “trabajo” en lugar de “escribir”, ¿por qué no?) En Soria, en invierno, escribí “El ensayo sobre el Jukebox”; en Toro, a orillas del río Duero, de nuevo en la naturaleza, un capítulo de “Mi año en la bahía de nadie”; en Cuenca –¡o vientos de las noches otoñales!– gran parte del cuento “En una noche oscura salí de mi casa sosegada”, rebautizado así en la Mancha española el título original “El farmacéutico de Taxham”.

Mis guías para estos lugares de trabajo eran los autores españoles a través de los siglos, las obras, no solo de Cervantes, de Juan de la Cruz, de Antonio Machado, descifradas de palabra en palabra, y este descifrar se ha transformado en mi interior en una animación de las estructuras exteriores de paisajes ibéricos, estructuras, confeso, aquí solamente ahistóricas, hasta antihistóricas –estructuras del alma, estructuras eternas– relativamente. He leído a Santa Teresa de Ávila y su evocación del castillo y de las moradas del alma humana como una descripción científica, una medicina construida de material y de materiales de construcción exactas, una lectura refrescante, un antídoto contra las cárceles de Piranesi y especialmente contra el psicoanálisis, esa torre de Babel (¡no de Isaac Babel!) orgullosamente proyectada hacia dentro y abajo de las profundidades del alma humana. Santa Teresa de Jesús también

es psicoanalista, pero explora las alturas, concretas y también posibles, del alma, y, en lugar de teorizar sobre las verticales, describe con una precisión suave –¡rareza de una exactitud suave o dulce!– una realidad horizontal, hasta los más amplios horizontes.

Y, como otra lectura española refrescante “Los claros del bosque”, de María Zambrano, un ensayo filosófico donde cada palabra tiene un lugar razonable y sensato, y a la vez toda la obra suena en el lector con el ritmo de una oración, de una busca musical. El tema de “los claros del bosque” de María Zambrano: dejar todos los sistemas filosóficos en dirección no de una posición antisistemática, atómica, sino de otra, nueva (y eterna) conexión; sin elaborar expresamente esta conexión, Zambrano la hace formarse, originarse con el ritmo especial. Los claros del bosque relampaguean detrás de las frases, en lugar de un proyecto al alcance de la mano: como aire, como energía.

Y otras lecturas, otras descifradas, otros relámpagos de otras conexiones, y, como parte de la conexión, mucho “far niente”, hacer nada; ¡y de nuevo nada!, caminando muchos caminos, mirando muchos partidos de fútbol, en Soria (¡estadio el pajarito!), en Pamplona (perdedores eternos), buenas y menos buenas comidas, vinos (una mención especial para el blanco de Galicia) ...

Desnuda está la tierra
y el alma aúlla al horizonte pálido
como loba famélica. ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?

Gracias.